



MADOLA

M^a ÀNGELS DOMINGO LAPLANA

LA MONUMENTAL ESCULTURA DE MADOLA

Se trata de escultura. Nada importa que el material básico utilizado sea principalmente uno propio de la cerámica: la tierra refractaria —encontramos también, en esta exposición, la porcelana y el mármol— El concepto es inequívocamente escultórico. Se vale de tierras cocidas como podría hacerlo de cualquier otro material. Estos cuerpos, o columnas, o pilares que nada sostienen, si no es a sí mismos, surgen del suelo con firmeza y muestran clara voluntad de crecimiento.

Momento decisivo en el desarrollo del arte de Madola fue aquél en que las formas, hasta entonces yacentes, se irguieron ante el posible espectador. Algo empezó a ocurrir también entonces: el sentido del espacio cambió. Una escultura es tanto un cuerpo, una masa, como factor generador de espacio. Un espacio que, en la escultura contemporánea, sobre todo, es también interior. La masa, aligerada de peso, como resultado de su apertura material y espacial, es ya inseparable del vacío.

Todas estas obras tienen en común una acusada verticalidad y cierto sabor a antiguas culturas. Corresponden a una sensibilidad que es tan moderna como inmemorial. Se diría que son vestigios de una cultura perdida. (¿No está, la nuestra, ya perdida, enterrada bajo sus propios escombros.?) Nos remiten a tiempos y civilizaciones remotas y en última instancia desconocidas. Estos menhires, columnas, mesas para rituales sacrificios, dólmenes, taulas y trilitos parecen mutilados y gastados por el tiempo, de modo que los sentimos más cerca de nosotros, que vivimos en un tiempo y un espacio fragmentado. El ser humano de hoy —y en esto consiste la crisis de la modernidad, en la cual se inscribe la escultura de Madola— no puede ya vivir en los estrechos límites del presente. La libra de arte, como ocurre en estas obras, nos permite adentrarnos en el pasado, invirtiendo la flecha del tiempo.

Las formas de estas esculturas, como ocurre en el arte japonés, son perfectas precisamente por-que no pretenden parecerlo. En ellas han trabajado, con el artista, el azar —un azar aceptado y que, después de sorprendernos, termina siendo conducido— la entera sensibilidad actual, tan exigente como insatisfecha, impulsos desconocidos que afloran al plano consciente u operan en la oscuridad. Escritos en las superficies vemos signos que parecen voluntarios —y que son profundos en la medida en que no lo son—, surcos y rugosidades como heridas, y también zonas pintadas, descoloridas en parte, con colores alterados, borrados a medias, mostrando el estado de un proceso que parece seguir. Revelan la condición de pintora de esta escultura que fue hasta hace unos años exclusivamente ceramista. Una de las notas que más nos interesa, y que conviene registrar, es la capacidad de integración de distintas vertientes del arte en estas obras volumétricas. Rotas o igno-radas las convencionales decisiones entre las artes, éstas recuperan su antigua unidad. El arte reco-bra también, entre otras cosas, el misterio y el carácter simbólico. Estas esculturas de Madola son símbolos, y es sugestivo y turbador que, al igual que ocurría en culturas más ricas que la nuestra, no alcancemos a descubrir conscientemente del todo su significado, que, sin embargo, actuará en nosotros con toda su capacidad de evocación y de revelación.

José Corredor - Matheos

PABELLÓN MIXTOS CIUDADELA, 1ª Planta
Del 15 de Octubre al 6 de Noviembre de 1994

Laborables: de 19,30 a 21 h.

Festivos: de 12,30 a 14 h.